

la. La historia dice que á fin de asegurar el imperio à Tiberio, Livia hubiera apresurado el fin del viejo emperador envenenando higos de un árbol á donde tenia costumbre de ir á comerlos. 1 Como quiera que sea, esta mujer tan ambiciosa como desordenada, alista prontamente un correo para mandar á Tiberio que se vuelva; luego dispone alrededor del palacio guardias que cierren exactamente todas las avenidas; ninguna noticia llega al enfermo sin permiso de Livia, y nada de lo que pasa en el palacio imperial se trasluce por fuera.

En la mañana del 19 de Agosto del año de Roma 766, sintiéndose morir el jefe del mundo pagano, pide un espejo, manda que se le peinen los cabellos y que se adornen algo sus mejillas caídas. Luego, mandando llamar algunos amigos cerca de su lecho: “¿No he jugado bien la farsa de la vida? ¡pues bien! aplaudid. 2 Después de semejante adios hace salir á todo el mundo y espira. Eran las tres de la tarde cuando Augusto daba aquel último espectáculo en el mismo cuarto en que habia muerto su padre Octavio; esto era el año 14 de Jesucristo. Gracias á Livia, que tranquilizaba al pueblo sobre la salud del príncipe, se tomaron tan bien las medidas exigidas por las circunstancias, que en un mismo momento se dió la noticia de la muerte de Augusto y del advenimiento de Tiberio. 3

La vida humana no es más que una farsa y el hombre un comediante; ¡hé aquí, pues, el dogma supremo que Augusto lega al universo! En estas palabras, ¡qué materialismo tan abyecto! ¡cómo se aleja uno con horror del moribundo que las pronuncia! ¡Cuánto se bendice al Dios redentor que ha venido á rehabilitar al hombre tan

1 Dion., LVI, p. 675.

2 Amicos admissos equid iis videretur minimum vitæ commode transegisse, percumetatus adjecit et clausulam, etc.—Suet., Aug., 99.

3 Tacit., Annat., I, 5.

profundamente decaído, y á enseñarle que la vida del tiempo es el aprendizaje decisivo de la vida de la eternidad!

Habíamos dejado à Nola sin pensar en las campanas; pero este olvido fué muy pronto reparado. Apénas estábamos en el campo, cuando sonaba el *Ave María* en la catedral. “Extranjeros que llevais de estos lugares tantos recuerdos, parecian decirnos aquellas campanas: no, olvidéis que somos de origen campaniano; Nola nos vió nacer, Roma nos conservó, el mundo cristiano que nos adoptó nos ama y nos bendice. Viajeros que pasais, bendecidnos vosotros tambien. Nuestra voz debe seros querida; desde la cuna hasta el sepulcro, ella se asocia á las alegrías del hombre, y les anima y dulcifica sus dolores; porque ella canta la inmortal esperanza, fundada en los consoladores misterios que solo repite en este momento.” Todos á la vez saludamos con las campanas al Arcangel mensajero de la Encarnacion, à María y al Verbo hecho carne.

La historia y la poesía de las campanas nos ocupaban todavía, cuando una voz ronca se hizo oír á la portezuela del coche: *Y pasaporti*. Los pasaportes? No los teníamos, y el alguacil que velaba en el límite de Nápoles quiso arrestar á nuestras Excelencias y llevarlas al cuerpo de guardia; luego moderándose exigia algunos carlinos por dejarnos pasar. Nos mantuvimos firmes y acabó por retirarse llamándonos *Francesacci* (malos Franceses); tal fué la única desgracia de aquella larga y bella jornada.

28 DE FEBRERO.

Preámbulo.—Anécdota sobre San Alfonso de Ligorio.—Nocera.—Hermano Felipe.—Celda de San Alfonso de Ligorio.—Pormenores sobre su muerte.—Su retrato.—La Cava.—La Biblioteca.—Vuelta á Nápoles.—Predicadores en las calles.

Todo el mundo sabe que en el siglo pasado una liga formidable de escritores licenciosos é impíos amenazaba á la religion, á la sociedad, á las creencias y á las costumbres; la espantosa catástrofe que quebrantó al mundo fué el resultado de aquella conspiracion infernal. Dios cuidó de oponer á este torrente devastador poderosar barreras. Hombres de génio, santos, fueron suscitados para detener las olas del error, y protegiendo el depósito de las santas doctrinas, conservar á las razas futuras el único medio de volver al orden. Paris puso el colmo á la licencia y á la impiedad; la Europa aplaudió; y todavía en nuestros dias, Ferney, morada surcada por el viejo cínico, 1 es el objeto de una peregrinacion obligada para un gran número de viajeros. Con los ojos abiertos, el oído atento, la boca entreabierta y el corazón conmovido, así entran al cuarto del filósofo anticristiano. Apénas osan tocar con la punta de los dedos las desgarradas cortinas de su lecho, ó el viejo baston que un jardinero centenario les da por haber pertenecido al señor de la casa. Advierten todos estos pormenores, se enorgullecen de haberlos recibido y se glorían de contarlos; su viaje de Ferney es una época memorable de su vida.

A pesar de todo ésto, ó más bien á causa de ésto, ciertos hombres se admirarán tal vez demasiado al ver al viajero cristiano buscar con empeño los lugares ha-

1 Voltaire

bitados por nuestros santos y nuestros grandes hombres, visitarlos con gusto y hablar con interes de las emociones que les hacen sentir; el mundo ha sido hecho así. “Si como tantos otros yo dijera á mis jóvenes amigos, recorreremos la Italia para ver allí cuadros, estatuas, ruinas paganas, lugares célebres, teatros de acciones, á veces poco honrosas, de los héroes de la antigüedad, se tendria esto por muy sencillito. Pasariamos por aficionados, por conocedores y no dejaria alguno de exclamar: ¡Qué viaje tan encantador han hecho! Pero como ponemos cada cosa en su lugar; como preferimos á los recuerdos paganos, que estamos léjos de despreciar, los recuerdos cristianos; como las catacumbas de Cemetino, por ejemplo, ese campo de batalla en donde nuestros padres vencieron gloriosamente al paganismo, nos inspira más interes que las Horcas Caudinas y el valle de Cannes, ya vereis por esto que costará trabajo que se nos perdone. No importa, seguiremos como hemos empezado. Salud á las ruinas paganas, pero con predileccion á los monumentos y santuarios cristianos: admiracion por las obras maestras del génio; pero ántes que todo, amor, admiracion hacia nuestros santos y nuestros mártires, á cuya sangre, á cuyos sudores y á cuyos trabajos nuestros críticos no son ménos deudores que nosotros de las luces, de las instituciones, de la superioridad social de que el mundo actual se muestra tan orgulloso.”

Yo hacia este pequeño preámbulo corriendo á las tres de la mañana por el camino de Portici. Me habia ocurrido por las circunstancias; íbamos á Nocera. Nocera es el lugar, eternamente querido para el cristiano, en donde vivió, escribió, sufrió y murió el San Francisco de Sales de la Italia, el gran sostenedor de la fe y de las costumbres, contra los errores del siglo último; ya he nombrado á San Alfonso

María de Ligorio. Una de nuestras alegrías era visitar su celda y ofrecer los augustos misterios de su glorioso sepulcro. Además de los documentos contenidos en su vida, teníamos sobre el santo obispo numerosos pormenores conservados en la memoria de los ancianos. A la edad de diez y seis años, Alfonso fué recibido por aclamación doctor de la Universidad de Nápoles; este brillante éxito no le deslumbró un instante. Celoso por conservar la pureza virginal de su corazón, cuyo enemigo más peligroso es el orgullo, el santo joven se retiraba frecuentemente á la soledad para fortificar allí su virtud. Su asilo privilegiado era la casa de los Lazaristas, conocidos en Nápoles bajo el nombre de *Missionari della Vergine*, Misioneros de la Virgen.

En París habia yo tratado frecuentemente á uno de aquellos venerables hijos de San Vicente de Paul que residía entonces en Nápoles. Algunos días antes del viaje á Nocera, habia ido yo á visitarle. El buen Padre F. . . . con una cordialidad eclesiástica que no olvidaré jamás, me hizo los honores de su casa. Después de haberme enseñado la iglesia, la capilla interior, los jardines, los claustros, etc., me dijo: "Ahora es necesario que os haga ver una celda que es para nosotros un precioso santuario; y me abrió la modesta celda en que el joven Ligorio iba á hacer su retiro anual. Tal vez, añadió el amable anciano, no creo que os será molesto trabar conocimiento con el predicador que *convirtió* á San Alfonso. ¡Está conmigo, venid!

Entramos al cuarto del misionero, quien me hizo sentar cerca de él enfrente de un cuadro cubierto con un espeso velo. "Este cuadro, me dijo, está en la Misión hace cerca de cien años; nos ha sido enviado por uno de nuestros Padres de Florencia. La verdad del hecho que recuerda, está atestiguada por pruebas siempre visibles,

por el testimonio de nuestros Padres de Florencia y por la declaración jurada del héroe de aquella espantosa historia: conservamos en nuestros archivos el proceso verbal auténtico de todo esto. Bien; un anciano de Florencia mantenía hacia largo tiempo relaciones criminales con una mujer. Después de una obstinada resistencia, se convirtió; pero la mujer permanece impenitente y muere. Una tarde que este hombre estaba orando en su cuarto, al pie de una gran imagen de Nuestro Señor en la Cruz, oye alrededor de sí el ruido de un huracán, y del centro del ruido una voz lúgubre; la voz de la mujer que exclama: ¡Estoy condenada! Con permiso de Dios vengo á daros una señal de la actividad del fuego que me quema. Al instante dos manos de fuego se imprimen con los cinco dedos en el cuadro y lo atraviesan de parte á parte." Al pronunciar estas palabras, el Padre levanta el velo, y veo en efecto en el antiguo grabado el sello de dos manos ardientes que han quitado el papel tocado, como pudiera hacerse con un saca-bocado, mientras que las partes inmediatas están perfectamente intactas; circunstancia que á los ojos mismos de la ciencia hace el hecho humanamente explicable. El contacto de las manos carbonizó al punto el papel; todo esto es horrible al verse

"En un retiro, continuó el Padre F. . . se mostró públicamente el cuadro. Juzgado de la impresión que produjo en un corazón como el de Alfonso. Aunque ya entregado totalmente á Dios, el joven santo no cesaba de repetir: Debo mi conversión al retiro en los misioneros de la Virgen."

Entretanto habíamos pasado á Pompeyo y á su desgraciada hermana Stabia; bien pronto el camino baja á un ancho valle en cuyo fondo aparecía la pequeña ciudad de Nocera. Nocera, como las ciudades vecinas, fundada por los griegos, lle-

gó á ser colonia romana y fué saqueada por Aníbal. Más tarde cayó en poder de los Sarracenos, que la ocuparon durante muchos siglos; de allí le viene el nombre de *Nocera de los Paganos*, como á Santa Agata, su vecina, el de *Santa Agata de los Godos*. Si el viajero profano no ve allí nada que excite su curiosidad, otra cosa sucede con el peregrino católico. Todo habla allí de San Alfonso; y todo lo que toca á este grande hombre inspira un vivo interés. En los humildes religiosos del *Santisimo Redentor*, encontramos hermanos llenos de atención y de cordialidad que nos concedieron, con la mejor gracia del mundo, el favor de celebrar la misa en el sepulcro de su padre. El ilustre obispo descansa en la iglesia que mandó edificar; su cuerpo está colocado bajo el altar de la capilla que forma la izquierda del crucero. Cuando entramos á ella, estaba rodeada de una multitud de peregrinos que derramaban sus lágrimas y sus oraciones ante el *buen santo*, cuya dulzura inalterable habian admirado tan largo tiempo sus padres, así como su pobreza evangélica y su caridad maternal.

De la iglesia pasamos al refectorio. La primera cosa que nos hizo notar el padre superior, es el lugar de San Alfonso. Nos parecía todavía ver al venerable anciano sentado en un pequeño banco de madera arimado á la pared, depositando en un pequeño plato que tenia en frente las primicias de su comida, que ofrecía á Nuestro Señor en la persona de un pobre. Una sopa de broccolis, acompañada de un pedazo de ternera y carne salada, y dos naranjas, tal fué el frugal almuerzo que nos esperaba. El mantel y la vajilla no estaban menos en armonía con el espíritu de mortificación y de pobreza que distingue á los dignos religiosos. El hermano Felipe es la admiración del país y la alegría de la casa. Sabiendo que éramos franceses, ob-

tuvo el permiso de hablarnos y nos contó su historia. Como viejo soldado del imperio, herido en veinte batallas, se puso inconsolable con la caída de su emperador. Disgustado del mundo, buscó el descanso en el servicio del único Señor á quien nadie puede destronar, y se hizo religioso en la congregación del Santo Redentor. La vida de los campos no le ha permitido aprender ni el latín, ni la teología; no es ni predicador, ni confesor, ni escritor; es cocinero. Lleno de alegría conserva en su humilde empleo algo de aquellos alientos militares y de aquella brusca franqueza que no pueden cuadrar mejor con la capilla negra y el delantal blanco.

Al almuerzo siguió la visita de la casa. Examinamos con respeto aquel claustro, sus corredores, sus patios interiores que el santo habia recorrido tantas veces, y llegamos al *piano novile*; allí se encuentra el departamento del glorioso fundador. Una pequeña puerta de madera brusca que se abre al corredor, da paso á una celda de cerca de diez pies de longitud sobre ocho de latitud. No puede uno dejar de sentir un temor religioso al ver aquellas paredes frías y desnudas, aquel pavimento de toscos ladrillos, aquel techo de vigas salientes, cubierto con una capa de yeso apenas suficiente para cerrar el paso al polvo; aquella pequeña ventana mal cerrada, delante de la cual compuso el gran doctor sus piadosas y sábias obras; aquel altar levantado desde la época de la canonización, y que recuerda por su pobreza el desprendimiento que profesó siempre el santo.

Un tabique, provisto de una puerta vidriera, separa el gabinete de trabajo de la recámara. Al entrar en esta segunda pieza hice el inventario. Un pequeño lecho de una sola cobija y de un colchón delgado como una plancha, descansando en un banco de madera apoyado en cuatro pies de fierro de treinta centímetros de altura;

tres viejas sillas de paja; dos sillones seculares forrados de piel, de los cuales uno que tenia rodajas servia para pasear al santo anciano por los corredores de la casa; una pequeña mesa, una lámpara de cobre, un cirio que ardía cerca de su lecho de muerte, tal es el ajuar del moderno doctor de la Iglesia, del hijo de los grandes de la tierra, del ilustre obispo de Santa Agata. ¡Cosa muy significativa! la religion católica es la única que inspira semejante desprecio de las cosas creadas y del bienestar material.

En este cuarto venerable, dispuesto como el día mismo en que el santo espiró, nos hablaron los Padres que nos acompañaban, de los últimos momentos de Alfonso: «Nuestro bienaventurado padre, decían ellos, habia deseado siempre morir en medio de sus hijos. Su confianza en María era tan grande que no dudaba le concedería este consuelo. «Dios mio! escribia á la mitad de su carrera; os doy gracias con anticipacion por la gracia que me haréis de morir rodeado de mis hijos muy queridos, que no tendrán entónces otro cuidado que mi salvacion eterna y me ayudarán todos á morir bien.» Su esperanza no fué vana; á la primera noticia de su enfermedad, nuestros Padres y nuestros hermanos llegaban continuamente de todas nuestras casas; y como un nuevo Jacob, Alfonso entró en su última agonía rodeado de su numerosa familia á quien bendijo con efusion; y esta celda en que estamos y los corredores que hemos recorrido, se inundaron de lágrimas.

«El Padre rector y el Padre Buonaparte estaban á la cabecera de su lecho; á los piés estaba arrodillado el Padre Fiore. Uno de ellos le presentó una imagen de la Virgen Santa diciéndole que la invocara para la buena muerte. Al nombre de María el santo abrió los ojos, tomó la imagen, contempló largo tiempo y entró en un

dulce éxtasis que le condujo á la eternidad bienaventurada. No se notó ni revolucion en su cuerpo, ni contraccion en sus miembros, ni opresion en el pecho, ni suspiro doloroso; y no obstante, habia ya muerto. El 1.º de Agosto de 1787, como á las once de la mañana, á la edad de noventa años, diez meses, cinco dias, nuestro Padre, rodeado de sus hijos, durmió en los brazos del Señor y de la Santísima Virgen, en los momentos en que se tocaba el *Angelus*.»

Los padres, dándonos una prueba de nuestra visita, el verdadero retrato del santo, añadieron sobre su persona algunos pormenores impresos despues en las memorias del Padre Tannoja 1. «Nuestro Padre era de mediana estatura, tenia la cabeza grande, el color moreno, la frente ancha, los ojos agradables y de un delicado azul, la nariz aguileña, la boca pequeña y siempre con la sonrisa en los labios. Su barba era espesa y sus cabellos negros; los llevaba cortos y él mismo se los cortaba. Era miope y se servia de anteojos que siempre se quitaba en el púlpito, ó cuando hablaba á mujeres. Su voz era clara y sonora; por espaciosa que fuese la iglesia y larga que fuese la mision, no le faltó nunca y la conservó hasta su muerte. Tenia un porte imponente, maneras graves y á la vez graciosas, y todo concurría en él á hacerle amable.»

Habia llegado el momento de decir adios á aquella santa casa. Despues de habernos prosternado de nuevo ante el altar del glorioso doctor, recibimos el abrazo de los nuevos Padres y salimos para la Cava. Esta pequeña ciudad, edificada en el valle pintoresco de *Moate Matelliano*, es célebre por su monasterio de Benedictinos, uno de los más interesantes de la Europa. Durante las guerras intestinas que en la Edad Média desolaron á la Italia, el monasterio

1 3 vol. in—8.º; Paris, 1842.

de la Cava llegó á ser el tesoro en donde los particulares depositaban sus cartas y sus títulos de nobleza ó de propiedad. El respeto universal de que eran objetos los religiosos, formaba una barrera alrededor de su morada, que ni el hombre de armas, ni el paladin, ni el señor por alto y poderoso que fuera, se atrevía á salvarla. A esta doble circunstancia se debe la riqueza científica del célebre convento. En él se conservan sesenta mil pergaminos originales; luego un código de leyes de los Lombardos, que no conoció Muratori al publicar su coleccion. Yo me admiro de que algunos de nuestros alumnos de la escuela de las cartas no vaya á fijarse en aquellos lugares y á explorar aquella mina fecunda.

Al juzgar por la acogida que recibimos, pueden contar con la recepcion cordial y la amabilidad á toda prueba de los excelentes religiosos. Conducidos por el Padre archivero, visitamos la biblioteca, que es muy bien, segun la expresion de M. de Bonald, el vasto sepulcro de la inteligencia humana; mas está en poder de los vivos evocar á los muertos, y evocamos á algunos. Su saber, su buen sentido, la vivacidad de su fe, la sencillez de su lenguaje nos hicieron sentir no poder darles más que algunos instantes fugitivos; pero el tiempo nos urgía y debiamos volver á Nápoles ántes de la noche. No obstante, el Padre archivero nos detuvo. «Ved todavía, nos dijo, esta Biblia del octavo siglo.» Luego abriendo con intencion el evangelio de San Juan, añadió: «Si hay socinianos en Francia, decidles que habeis leído con vuestros ojos el famoso pasaje: *Tres sunt qui testimonio dant in celo, Pater Verbum et Spiritus Sanctus, et hi tres unum sunt*. A lo ménos sabreis que hacen mal en rebatir el misterio de la Trinidad, porque no han leído este pasaje en algun manuscrito antiguo.»

Gracias á la actividad de nuestro cochero, llegamos al muelle Napolitano al ponerse el sol. El golfo azul iluminado con los últimos rayos del día, sembrado de buques de diversos colores y surcado por embarcaciones ligeras, presentaba un golpe de vispa magnífico y muy animado; el muelle mismo ofrecia otro espectáculo. Numerosos paseantes obstruian las anchas banquetas; los cafés estaban rodeados de aficionados que bebían, leían, conversaban alrededor de pequeñas mesas colocadas en la calle. En medio de muchedumbre agitada como las olas del mar, vimos en los huecos formados por las casas vecinas, predicadores al aire libre, subidos en el *Palco*, especie de estrado de simples tablas; tenían en la mano un crucifijo y anunciaban con fuego la palabra que ha salvado á los pobres y á los pequeños. Habia una multitud en el sermón, y lo que es mejor, silencio, respeto, atencion entre los oyentes que estaban en pié y sin sombrero. Ni el ruido del *corricolo* que quemaba el pavimento, ni los gritos de los niños que jugaban en las cercanías, ni las conversaciones de los transeuntes que en hilera iban y venian como las olas arrojadas en diversos sentidos, nada distraía al auditorio, suspendido en cierto modo de los labios del predicador. Tales son todavía las ciudades de la Italia; sin temer el ultraje ó el desprecio, puede la religion mostrarse en las calles y en las plazas públicas; puede todavía difundir la semilla divina con la consoladora certidumbre de encontrar una buena tierra para recibirla.

Todos los predicadores eran jesuitas. En la tarde tuve ocasion de encontrar á uno de aquellos religiosos y le manifesté el asombro que me habia causado el singular espectáculo de que habia oído hablar á menudo y que acababa de ver por la primera vez.

«¿No temeis, le dije, exponer la palabra

santa á la irrisión, y nuestras augustas verdades al desprecio? Por otra parte, ¿qué fruto podeis esperar de discursos pronunciados en semejantes lugares, con semejantes oyentes y en tales circunstancias?—No sois vos el primero á quien se ocurren esas reflexiones. Los extranjeros vituperan de buena voluntad lo que no es conforme á las costumbres de su país; y se dice aquí que los viajeros franceses no son los últimos en hacerse notables por ese espíritu de crítica, cuya ligereza es el menor defecto. En cuanto al desprecio que temeis, ya habeis podido convenceros de que no existe. Yo he llenado la misma funcion que nuestros Padres, y si hubiera percibido alguna señal de irrisión, no temeria decíroslo. Entre nosotros el respeto á la religion no es todavía una palabra vana. ¿Será durable? Lo ignoro; pero hasta aquí podemos conservar nuestros usos hereditarios sin tener el inconveniente que notais. Me preguntais en seguida ¿qué fruto podemos esperar de esas predicaciones al año libre? El buen éxito no es nuestro asunto; se nos dice que prediquemos y predicamos. Los pescadores evangélicos, como los pescadores del golfo, arrojan sus redes un poco á la casualidad; algunas veces las retiran vacías, pero otras encuentran en ellas hermosas piezas; el espíritu de Dios sopla donde quiere. Tal hombre que por este ó el otro pretexto, no iria á la iglesia á oír un sermón, se detiene al pasar delante de nuestros palcos, se pone á oír, un buen pensamiento penetra en su corazón, y en un tiempo dado dará fruto; os hablo con experiencia. Es necesario que esta experiencia sea fundada, puesto que nuestros mayores santos de Roma y de Nápoles han alentado y practicado este ministerio popular. Yo no os citaré más que á San Alfonso, cuyo sepulcro habeis visitado hoy. Por las huellas de semejantes modelos seguimos con confianza y co-

nocimiento de causa. ¿Sereis tan bueno que lo digais así de nuestra parte á algunos de vuestros compatriotas?»

Se lo prometí al buen Padre y nos separamos.

1º DE MARZO.

Ischia.—Procida.—Vísperas sicilianas.—Gruta de Azur.—Capri.—Recuerdos de Tiberio.—Monte Solaro.—Recuerdos de los franceses.—Salerno.—Sepulcro de San Mateo.—De San Gregorio VII.—Amalfi.—Catedral.—Recuerdos históricos.—Atrani.—Puertas de San Salvador.—Sorrento.—El Tasso.—Quisisana.—Castellamare.—Virgen de Pozzano.—Barca comerciante.—Piadosa costumbre.

Se encuentran en Nápoles buques de vapor que en un día dan la vuelta al golfo. Se paran muchas veces y dejan á los pasajeros tiempo para ver los puntos notables de la costa. Muy de mañana nos embarcamos en un bonito pyróscafo, que por excepcion debia correr el doble golfo de Nápoles y de Sorrento. Se levaron anclas en medio de los gritos de una numerosa y brillante reunion. A fin de evitar toda repetición, no hablaré del espectáculo encantador de que goza la vista constantemente durante el curso de este delicioso paseo.

Quando llegamos á plena mar saludamos á la izquierda á Ischia y á Procida, islas mitad griegas y mitad romanas, que se dibujan hácia la punta occidental del cabo Misena. La primera cuenta veinte mil habitantes. La excelencia de sus aguas termales lleva allí un gran número de enfermos, y el aficionado á paisajes la visita para gozar del espectáculo de sus valles pintorescos, de su vegetación vigorosa y del pico de la Epomea. Desde la altura de esa aguja volcánica se tiene, segun se dice, un golpe de vista que en nada cede al del

Pico de Tenerife. En fin, Ischia, el *Inarime* de Virgilio y de Homero, y la *Pithecura* de Plinio y de Strabonio, recuerda al peregrino católico la milagrosa llegada de Santa Restituta, llevada á aquellas riberas por la mano poderosa del Dios de los mártires.

Encima de Procida vaga una sombra sangrienta cuya vista hace temblar al viajero francés. Del centro de la isla se lanzan los panes desprendidos de altas y tristes murallas. Hoy esas ruinas seculares, simple estacion de caza, fueron en otro tiempo la terrible mansion del cruel Juan de Procida, señor de la isla y principal autor de la famosa matanza de nuestros compatriotas, conocida bajo el nombre de *Vísperas sicilianas*. Juan de Procida, honrado con la confianza de los reyes de Nápoles, fué caído de la gracia por Carlos de Anjou, y juró vengarse. Como médico hábil, aprovechó sus numerosas relaciones que le procuraban su arte, para tramar una vasta conspiración que tuvo por resultado la matanza de los franceses, entónces señores de la Sicilia. A fin de que no pudiese escaparse ninguna víctima, los conjurados hacian repetir á todas las personas que encontraban, la palabra *cicerone*, cuya difícil pronunciación denunciaba al que era extranjero, y al punto le daban muerte. La matanza comenzada en Palermo, el día de Pascua, á la salida de Vísperas, fué tan completa que arrastró é hizo caer la dominación francesa; esto era el año 1284. La isla de Procida no cuenta más que doce mil habitantes; goza no obstante de cierta celebridad, debida á la habilidad de sus marinos y á la belleza de sus faisanes.

Mientras teniamos las miradas fijas en aquellos oasis del mar, el pyróscafo marchaba con toda la fuerza de su vapor; bien pronto se señala la *Gruta de Azur*. De la ribera se desprende un bote que viene á

tomar á los pasajeros deseosos de ver el fenómeno subterráneo. Gracias á un viento del Oeste que agitó las olas hasta entónces muy tranquilas, fuimos arrojados sin accidente á la abertura de la gruta. Bajo una bóveda muy elevada, de donde penden millares de graciosas estaláctitas, está un lago de cerca de treinta metros de circunferencia sobre cuatro de profundidad. El agua, las rocas, la arena, los caracoles, todo parece de un azul celeste, mientras que la transparencia de la agua es tan perfecta, que se cree poder tomar con la mano los caracoles de variadas formas que se dibujan en el fondo del lago; tal es el fenómeno que la vista admira y que la ciencia explica ó cree explicar con raciocinios cuya simple exposición me llevaria demasiado léjos.

Después de la Gruta de Azur, la isla Capri llamó nuestra atención. Yo no sé qué movimiento de miedo y de compasión se experimenta al pisar por la primera vez la demasiado celebrada Caprea; la sinietra imagen de Tiberio os sigue por todas partes. En la cima de un pequeño montecillo se ven las ruinas bien conservadas del palacio de este príncipe. Los mosaicos, los ricos adornos, las termas suntuosas repiten imperfectamente la vida corrompida del señor del mundo; más elocuente es la roca solitaria sobre la cual se asentaba la morada imperial. Con una voz que los siglos no han podido debilitar, acusa la sombría desconfianza y las bajas crueldades del hijo de Livia. Para decirlo todo en una palabra, Caprea, isla voluptuosa é inabordable, debia ser la morada de Tiberio.

La historia ha cuidado de justificar esta inducción. Yo me acordaba de aquel pasaje en que Suetonio y Tácito cuentan que Tiberio, cansado de la sujeción que le imponia la permanencia en la capital, dejó á Roma para no volver á ella jamás. Mandó